

## EL CREADOR DE LA BANDERA (\*)

Asumo la responsabilidad de pronunciar estas palabras, ante tan calificado auditorio, desde esta alta cátedra universitaria, para referirme, como expresión de adhesión —la más sincera y amplia— de esta Casa ilustre y del Superior Gobierno de la Provincia, a los actos con que se exterioriza la satisfacción de este Estado argentino por la inauguración del Monumento Nacional a la Bandera Argentina, erigido en la ciudad de Rosario, sintiendo homenaje a su insigne creador, uno de los más esclarecidos próceres de la nacionalidad: el general Don Manuel Belgrano.

Cábeme a mi esta honra sin par, que se torna más mayúscula por el prestigio sitial de esta disertación, superior a mis escasos merecimientos, por el hecho circunstancial de formar parte, en estos momentos históricos de recuperación que vive la República, del elenco gubernativo de esta gran Provincia y no por ningún otro mérito ni título. He pensado que el hecho de tener que pronunciar estas palabras desde este Paraninfo —tribuna de docta jerarquía—, hace más necesaria mi especial referencia a lo significativo del homenaje que la Universidad del Litoral, por su propia y espontánea decisión y el Superior Gobierno de la Provincia tributan a Belgrano y tórnase así más estricto el marco de mi indispensable desempeño.

---

(\*) Discurso pronunciado en el Paraninfo de la Universidad por el Señor Ministro de Gobierno, Justicia y Culto de la Provincia de Santa Fe, con motivo de la Semana de la Bandera, el 20 de Junio de 1957.

El tema no por reiterado puede considerarse manido u ordinario, pues el espíritu de la ciudadanía y la emoción patriótica de los días actuales, pone en nuestros corazones, de nuevo, los cálidos y majestuosos sonos de las campanas de oro de la pureza y del limpio amor a la Patria, paralelamente a la premiosa decisión de servir el objetivo, que no es otro que el de destacar —aunque sea ligeramente— los perfiles extraordinarios de una gran figura del país para hablar de quien, debo decirlo como póstumo, tengo los escrúpulos que en bella oración expresara el juez Story para referirse a la personalidad del ilustre John Marshall: “me confieso a mi mismo incapaz de hallar un lenguaje suficientemente expresivo de mi admiración y reverencia para tan trascendente genio”. Así resultan turbulentos y apresurados los anhelos de la prosa para relatar algunos hechos salientes de la biografía de este preclaro ciudadano de nuestra historia: enamorado de la probidad, la verdad y la justicia, generoso en el triunfo, modesto —hasta la santidad— en la victoria, altivo y resignado en la derrota, sublime en el éxito.

El general Belgrano, creador de la enseña Patria, es un egregio titán de la nacionalidad, forjador de la conciencia argentina, antes de que fuéramos libres, y trabajador incansable, entusiasta, sin desmayos, para conseguir la meta del destino glorioso de la Argentina.

Era de una grandeza sin mácula y de vida ejemplar, de luminosidad sin conos de sombra, sin altibajos discordantes, que siendo proteica, dispar, múltiple, fué esfera armoniosa, sin aristas ni disonancias, cordial, franco, afable y humilde, gala de Dios, hecha gran figura, a imagen y semejanza suya. Impávido en el peligro, sabía afrontar con denuedo los más azarosos e intrincados enigmas que diariamente plantea, al que actúa para la colectividad y con sentido de lo eterno, la esfinge angustiosa que resulta la vida. Era como una añosa encina, a quien no abatían tormentas ni vendavales; sereno, de radicalismo señorial en sus convicciones, manteníase imperturbable entre el rugir de los truenos y pasar de las tem-

pestades políticas o de la guerra; no perdía sus gráciles formas ni alteraba su genio, predispuesto siempre a una comprensión superior a la ordinaria de los hombres.

Para recalcar los perfiles de este hombre de genio, prócer de la nacionalidad, hacemos este alto en el camino de labor cotidiana de esta Casa de estudios, en ocasión propicia. Y ojalá que los votos que hoy resultan formulados en su homenaje en este acto, sirvan de exhortación a las jóvenes generaciones asistentes para que sin tomar aliento en circunstanciales reposos se dispongan a emprender, con tesón y ahinco, la jornada, que para ellas recién comienza!...

Hacer la historia biográfica del prócer implicaría hacer la crónica de una época, según el decir de Mitre: la que abarca su vida, desde fines del siglo XVIII, en que cobra carácter la Nación, con tipos propios, hombres, tendencias, ideas, instintos, fisonomía, en fin, de pueblo emancipado, como diría Waldo Frank, hasta el año crucial de la historia argentina: 1820, en que los embates de la anarquía rugiente, despedazan lo hasta entonces realizado, en holocausto a una democracia federal naciente, embrionaria, espontánea, brutal, instintiva, que se origina con el ímpetu casi de una fuerza de la naturaleza.

Y Belgrano es uno de los pilotos de tormenta de esos años mozos de la Patria, que pasan lo fugazmente que dura su existencia, y en ese corto lapso se realizan tantas hazañas, se elaboran tan enorme número de temerarias combinaciones, se constituyen tal cantidad de instituciones, se exaltan hombres y gobiernos, se elevan dignidades y se tronchan futuros que parecían escritos, se modifican los cursos de las cosas, como si la masa social de la colonia, de esta parte de América, fuese agitada del espíritu que conmovió las capas geológicas cuando había de empezar a circular en el ámbito de los soles este magro trozo de universo de que tanto nos envanecemos en tan pasajera vida; y de allí surgieron los cimientos, ciclópeos, que van a resultar los sillares perennes de este pueblo inmortal, que es antorcha irradiante de paz generosa, de pros-



peridad sana, de laboriosidad fecunda y de espíritu progresista, para todas las naciones de la tierra.

Por eso debemos emprender con ecuanimidad —aunque asuciados por la admiración—, a realizar esa búsqueda, en la biografía de Belgrano, que nos lleva a la conclusión, de que la trayectoria de nuestro prócer, pareciera corrida de modo preciso para que tuviera por biógrafo a Mitre, que, como Plutarco, al escribir sobre su vida y la de San Martín, ha encontrado en ellos las cumbres del heroísmo y la pasión por el país, haciendo de las relaciones de sus vidas, la presentación de dos arquetipos paralelos. . .

Haciendo justicia a Belgrano, debemos afirmar lo que él mismo nos dejara como reflexión personal; que “uno de los grandes bienes que produce el estudio de la historia, es dar fundamentos racionales a la admiración por los hombres ilustres del pasado”, “destruyendo esa admiración supersticiosa y ciega que no reconoce razón de ser, y que no sirve de ejemplo ni trasmite lecciones y enseña, no sólo a admirar, sino a estimar a los benefactores y libertadores de pueblos”.

Hombre de vida venturosa, escribió, en un corto receso de sus faenas públicas, su autobiografía, pues según él “nada importa o no saber la vida de ciertos hombres, que todos sus trabajos y afanes los han contraído a sí mismos y ni un solo instante han concedido para los demás”; en cambio, “la vida de los hombres públicos debe presentarse, ya para que sirva de ejemplo que se imite, ya de lección que retraiga de reincidir en sus defectos. . .” y la firmeza de sus convicciones y el pundonor de su conducta, la exaltación de su modestia, lo hacen exclamar en esta obra que “el único premio a que aspira por todos sus trabajos, después de lo que espera de la misericordia del Todopoderoso, es conservar el buen nombre que adquirió desde sus más tiernos años!!!”.

Porteño, había nacido el 3 de junio de 1770, siendo hijo de Domingo Belgrano y Peri, italiano de Liguria de Origen, y de doña María Josefa González Casero, de familia ya arraigada en la Capital del Virreynato, que tenía el mérito de ser

públicamente reconocida como fundadora, a su costa, del Colegio de Niños Huérfanos de San Miguel, base de la posterior Sociedad de Beneficencia.

Uno de los menores, de once hermanos, fué bautizado en la Iglesia Matriz de Buenos Aires como Manuel Joaquín del Corazón de Jesús. Crecido durante los primeros años en el hogar, como se educaban los niños griegos, pasó, apenas tuvo edad y dominio de los primeros conocimientos, brindados en su casa, a registrar entre los alumnos del Colegio de San Carlos, bajo la tutela directa del Dr. Luis de Chorroarín, el que personalmente se encargó de que su pupilo se instruyese en ciencias, latín, filosofía, lógica, ética y literatura, egresando de ese Colegio a los 16 años habiendo completado sus cursos. El año 86 su padre, que había hechos fructuosos negocios, pudo enviar a nuestro héroe a completar estudios de leyes, respecto de cuyas disciplinas advertíase vocación en el joven, en la Universidad Señorial de Salamanca. Egresó de Bachiller en leyes de Valladolid en 1789 y de Abogado de la cancelaría de la misma ciudad en 1793 habiendo estudiado durante el desarrollo de sus cursos "idiomas vivos, economía política y derecho público", según él mismo lo confiesa, en el propósito afiebrado, frenético, de aprender y obtener provecho de sus trabajos, con los ojos puestos siempre en la causa de la Patria lejana y a la cual ansiaba volver bien provisto de elementos de acción personal.

Al terminar su carrera de Abogado, Belgrano conocía perfectamente el furor que había en Europa en el momento, por los estudios económicos; se había publicado ya el monumental trabajo de Adam Smith sobre "la riqueza de las naciones"; lee a la par con febril urgencia los libros en boga en el momento y por sus manos pasan las obras de Rousseau, de Jovellanos, de Cabarrús, de Montesquieu, de Voltaire, los trabajos del ilustre Filangieri, el "diccionario histórico" de Pedro Bayle, los escritos de D'Alembert, las críticas y polémicas de Diderot, los discursos del conde de Mirabeau, las noticias de la pasión volcánica que despertaba el verbo de Dantón...

Belgrano fué uno de los pocos elegidos —dadas sus reconocidas dotes de talento y mesura— que tuvieron en España, en ese momento, licencia eclesiástica, papal, para “leer todo género de libros”, “condenados, y aunque fuesen heréticos”, cimentando así sus conocimientos generales con la lectura profícua y concienzuda de diversos autores y corrientes, expresando él mismo, que el trato con los hombres de letras, sus estudios, las noticias de la revolución de Francia, etc., hicieron que se apoderaran de tal forma de sí “las ideas de libertad, igualdad, seguridad, propiedad, que sólo veía tiranos en los que se oponían a que el hombre, fuese donde fuere, disfrutara de unos derechos que Dios y la naturaleza le habían concedido y que aún las mismas sociedades habían acordado en sus establecimientos. . .”

Era reconocido en Madrid como uno de los jóvenes inteligentes y bien capacitados de su generación; tomaba parte en discusiones públicas y en certámenes sobre temas diversos; en discusiones públicas y en certámenes sobre temas diversos; se lo había designado ya miembro de número de la “Academia de Economía Política” de la Universidad de Salamanca cuando en 1793 le fué notificada la designación, dada en El Escorial el 6 de diciembre, de Secretario Perpetuo del Consulado erigido en Buenos Aires.

Aquí empieza ya a advertirse la exterioridad de la vida pública del prócer en beneficio de la Patria. Erigido el Consulado, hace declarar a ese Instituto no solamente Tribunal de Jurisdicción Mercantil sino “Junta Económica, fomentadora de la agricultura, el comercio, la industria”, etc., tomando atribuciones de “Junta de Gobierno”, que sirviera luego a Belgrano para realizar algunas creaciones que específicamente habrían escapado a la esfera de acción que originariamente se atribuía a su cargo.

En el desempeño de esas funciones Belgrano fué una laboriosa, incansable y hercúlea hormiga, que como el héroe nemeo cambió cursos de ríos, apiló montañas. . ., mató a Gerión robándole sus rebaños. . . ahogó entre sus brazos al gigante.

Anteo... robó las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides...

En el Consulado se trata el problema del monopolio, produciéndose debates esclarecidos en los que Belgrano evoluciona hasta ser uno de los paladines del comercio libre en el Plata, se fomenta el comercio interior del virreynato, procurando combatir la competencia limeña, se trabaja en reglamentaciones de puertos, se crean primas y premios para las industrias, el trabajo, el estudio; Belgrano está en todo; es el ejecutor, el iniciador y el cronista y comentador y crítico de los resultados de la acción del Consulado; entiende que hay que educar a los hombres, —“educar al soberano”, sería el eco histórico de su instinto—, para propender al mejoramiento y grandeza de las diversas actividades de los pueblos, y propone creaciones de escuelas: propugna la fundación de una Escuela de Comercio, una Escuela Náutica, una Escuela de Niñas, una Compañía de Seguros Marítimos, etc., y finalmente aboga por la instalación directa de escuelas populares y hacer crear la escuela de labradores, con el nombre de Escuela Práctica de Agricultura; hace traducir textos, busca profesores, hace edificar aulas, envía memorias, en fin, su labor de instar y realizar las mil y una tareas que lucubra su clara inteligencia, le consumen el tiempo y la vida en impaciente avidez. Finalmente, crea la Escuela de Dibujo, donde, —sorprendente—, “se enseñará arquitectura, perspectiva, geometría, ciencias”, etc. y revolucionando en todo momento la vida peregrina y sosegada del Virreynato, en estas múltiples innumerables, agobiantes ocupaciones, transcurren los días de Belgrano, cuando se producen las invasiones inglesas, que conmovieron hasta los cimientos de la sociedad colonial. En esa ocasión, como en todo torbellino bélico, ardieron los cartuchos y también las pasiones y en el crisol de los actos de más bravía abnegación, —fragua heroica que fundió el alma del partido criollo de Buenos Aires—, se templaron las almas de acero de quienes había de fundar esta Patria nuestra.

Se formaron allí nomás dos partidos: el de peninsulares

y el de criollos; los “mancebos de la tierra”, que hasta ayer habían sido menospreciados de derecho y de hecho, surgieron a la vida política como los autores del triunfo, nació así el grupo patricio, que sería el inspirador de Mayo y el creador de la Nación. Y en ese partido de nativos, de padres, auténticamente patricio en la acepción romanística del vocablo, se enroló Belgrano, entusiasmado y sin regateos full time, podría decirse, con lenguaje actual.

La cupieron en la vida del partido las misiones de mayor responsabilidad y confianza; fué activo gestor y partícipe de la Revolución del 1º de Enero de 1809, que mantuvo a Liniers en el mando político, a despecho del partido español alzado en su contra, y juntamente con Nicolás de Vedia, Cornelio Zelaya, Saturnino Rodríguez Peña, Juan Martín de Pueyrredón y Carnelio Saavedra, resistieron la recepción del poder por Cisneros.

Producidos los hechos de Mayo, y después de haberse desempeñado brillantemente en todos los papeles de notoria importancia que se le asignaron, Belgrano, publicista, crítico, economista, abogado, polígrafo, es designado como General en Jefe del Ejército que se dirigió al interior a afirmar los principios de la Revolución y prestigiar la causa naciente. Expedición audaz y altanera, resuelta precipitadamente y que según nuestro héroe “sólo pudo caber en cabezas acaloradas que no veían sino su objeto, y para los que nada era difícil. Contaba con un plantel de 200 hombres de la guarnición de Buenos Aires, tomados de los Cuerpos de Arribeños, Pardos y Morenos en su mayoría y a los que se sumaron algunos piquetes de milicianos, reclutados libremente entre el pueblo y con posterioridad escasos elementos dispersos en Misiones y Corrientes, además de algunos “Blandengues de la Frontera” que encontró el General a su paso por San Nicolás de los Arroyos y que acababa de tomar el nombre de “Regimiento de Caballería de la Patria”.

Belgrano, General improvisado, animado de heroico espíritu e iluminado por el genio, organizó como pudo ese puñado

de hombres que no llegaba a mil y se dirigió hacia el Paraguay; creó 4 divisiones y marchó en dirección al enemigo encontrando el mejor apoyo y disposición entre las poblaciones que recibieron con el mayor auspicio, al primer ejército patrio. Cuántos episodios podrían recordarse de esta cruzada sin igual de Belgrano, que nos harían emocionarnos hasta las lágrimas... Las estancias criollas ofrecieron, reiteradas veces "sus haciendas, casas y criados" y guías al ejército; los voluntarios abundaron, los ejemplos de abnegación y sacrificios fueron plurales muchas veces.

En el desarrollo de la campaña, Belgrano fue ascendido a Brigadier, cargo recién creado por la Junta y que por las responsabilidades que importaba resultó para él mismo, según su relación, como si le "hubieran dado una puñalada"; recibía el despacho de ascenso el mismo día de su derrota de Paraguay.

Luego Tacuary, donde Belgrano peleó como un león, dando muestras acabadas de lo heroico de su espíritu; luchó él mismo entre la tropa, como Napoleón en Arcola, como Aníbal en Cannes, como Alejandro en Isso, como el Gran Capitán, Don José de San Martín en San Lorenzo; entusiasmado y arengando a los soldados en el fragor de la lucha, mereció tal juicio su conducta que el propio General adversario, Cabañas, admirado, ofreció al Jefe Argentino un honrosísimo armisticio para terminar la lid.

Belgrano realizó el propósito cívico de la expedición y salió airoso de la empresa de sentido político que la misma tenía asignada por la Junta de Gobierno; allí en esa campaña, evidenció una vez más, dice el General Mitre su fuerza como soldado y su habilidad como diplomático, pudiéndose, gracias a sus condiciones citadas, aceptar como felices los resultados de lo que fueron desastrosos trabajos de guerra.

Vinieron luego la campaña de la Banda Oriental y los triunfos del ejército traído de Paraguay y finalmente la corona con que se premia a los justos: la crítica, el proceso ominoso, —que nunca prosperó—, el ostracismo.

Y estamos en 1812: Comandante del Regimiento de Patricios, renunció a la mitad de sus emolumentos, “siéndole sensible no poder hacer una demostración mayor” dados sus escasos medios, pero ofreciendo al Gobierno, si fuere necesario, someterse a vivir con la ración del soldado.

El 27 de Febrero, después de haber bautizado las baterías “La Libertad” y “La Independencia” y “siendo necesario enarbolar bandera y no teniéndola” mandola hacer blanca y celeste conforme a los colores de la Escarapela Nacional dándola a enarbolar al brazo viril de Cosme Maciel.

Y vienen las excelsas notas reveladoras de la inspiración argentina y la modestia sin igual del Prócer; desaprobada su conducta, públicamente, el General, cuando tiene noticias del hecho, responde con una nota emocionada en la que hace manifiesta aclaración sobre su tranquilidad de conciencia y sus deseos por la felicidad de la Patria, ofreciéndose a recibir por “su falta” cualquier padecimiento, que dice: “no sería el primero tenido por proceder con honradez y entusiasmo patriótico”.

El mismo día en que se juraba la Bandera Argentina en las Barrancas del Rosario, era designado General en Jefe del Ejército del Norte: recibió de Pueyrredón el mando y en esa campaña engarzó dos gemas magníficas en los lauros de la Patria naciente: Tucumán y Salta. Pasada la campaña del Norte por relevo hecho por San Martín, ambos Jefes se pusieron de acuerdo apenas hecho el contacto para lograr un designio superior: eran ardientes partidarios de la Independencia y convencidos de la necesidad de generalizar la Revolución Argentina en América; ambos con leal amistad, totalmente de acuerdo, planearon el Congreso de Tucumán y sus resultados, en completa connivencia con Don Juan Martín de Pueyrredón, tercero a quien tiene que tenerse por gloria prócer del momento.

Se produjo la Declaración bajo su influjo y abnegada pasión patriótica, y el 9 de Julio surgió a la faz de la tierra,

“urbi et orbis” esta nueva y gloriosa Nación, libre, independiente, soberana, justiciera, democrática y progresista.

Era la apoteosis.

Había transcurrido así su vida que es eterno ejemplo: de moral, de civismo, de valor, de altruismo, de desinterés. Cuando se premió su desempeño en Tucumán, con 40.000 pesos, rehusó lisa y llanamente esa recompensa y más bien sugirió que con su producido se instalasen cuatro escuelas en las que pudieron aprender los niños de los hombres que estaban luchando en las filas del Ejército Patrio.

¡Esa es conducta patriótica y desinteresada! Ese episodio, el de la Bandera, el de la renuncia a su sueldo en el Regimiento de Patricios, el gesto de generosidad ante Tritán la altivez sin dobleces ante Cabañas, que revelan el carácter de este varón insigne, cuyo nombre para honor de este país argentino está asociado a los colores inmaculados de nuestro símbolo mayor.

A ese hombre, que si hubiera vivido en la Hélade habría sido tenido por hijo de dioses, debemos nuestro sagrado lábaro, hoy honrado por toda la República en esta Provincia de Santa Fe con la erección del Monumento que se inaugura mañana en Rosario, sobre las Barrancas del Río Paraná. A este arquetipo de criollo, altivo sin jactancias, modesto sin declinaciones, valiente sin gestos, recordamos en este acto de adhesión a las festividades hechas en ocasión de honrar a su creación que puede ser, en el honor de los argentinos, considerada su epónima. Bien podemos asociar y repetir como símbolos los nombres de Bandera y Belgrano ya que los dos significan pureza y valor, paz y dignidad, sombra venerable y proyección de grandeza.

Honremos hoy, en estos días de reestructuración de la línea de Mayo, este trapo sin par que nos legara la historia y cuyos méritos y homenajes han sido postergados en el reciente pretérito de la política argentina y tenidos por tarea de pueriles segundones. Exhaltemos el valor de nuestro emblema

que así reconstruímos la decisión de conservar como lema de nuestra actuación cívica, el pensamiento de Moreno, de Echeverría, de Sarmiento y de Alberdi, afirmando los principios de la soberanía, la independencia y la libertad, proclamando a la faz de la República, en tan oportuno lugar y fecha —como en esta Provincia histórica de Santa Fe en el momento de la inauguración del Monumento Nacional a la Bandera en su suelo, en el año de la Constituyente de la Libertad— que los pliegues mágicos de su gloria serán para siempre blasón de gloria del pueblo argentino.

Honremos a ese lábaro sagrado que nos diera Belgrano con su inspiración genial; que en su trayectoria sideral nunca realicemos actos que empañen acongojados sus pliegues esplendorosos, cuyo respeto y admiración debemos transmitir, con celo de vigías y custodios, a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos.

Honremos a la Bandera Nacional recordando a Belgrano y ensalcemos a Belgrano honrando y enalteciendo el respeto por nuestro símbolo al que rindo modesto tributo con mi cávida y emotiva oración.

*Salve Bandera Argentina; enseña de la libertad, símbolo del honor y de la paz, emblema del trabajo, pendón immaculado, luz en el alma del pueblo de la Patria; proclama de virtud, vigía del progreso, esperanza de oprimidos, promesa de amor y de justicia.*

*Salve Bandera, que en tus pliegues mágicos, atesoras la historia de la Patria, salve triunfadora en cien combates. Enseña de Tucumán y de Salta, fuiste bautizada con laureles; preparadora del Ande, libertadora de Chile y del Perú: perdura el reflejo de tus colores en las quebradas de Tupiza, te recuerdan los cóndores en las mesetas de Chacabuco y Maipú; Suipacha, Río Bamba, Pichincha, Ituzaingó y Curupaytí, todos esos nombres quieren decir *Bandera Argentina Idolatrada.**

Señora de los mares: en Juncal y Los Pozos aún suena la voz de tu Almirante: que se hunda el barco antes de arriar el

pabellón; salve bandera indomable cuyas sienes se orlan de augustas victorias. Salve madre del valor y sombra de Paz, que cobijas bajo tu manto al gran pueblo argentino. Llor y homenaje a la tutora del honor nacional que, bendito sea Dios, "nunca fué atado al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra".

Bandera azul y blanca de majestad impoluta; que tu asta sagrada, ni tu sol rutilante, ni tus paños de cielo, sean jamás estandarte de opresión de pueblos ni naciones; que nunca seas presa o botín de vencedores, ni contempléis en nuestro suelo caravanas apocalípticas ni multitudes esclavizadas, sino que conduzcas siempre en la paz y el derecho, a los pueblos organizados bajo el signo de la ley, la justicia, el honor y la caridad.

Que sigas siendo enseña de Amor, de Justicia, Paz y Trabajo, hacia la cual, en venturosa y promisoría caravana, se dirijan los hombres de todas las razas, de todos los horizontes, buscando la dulzura de tu amparo y la soberanía de tu grandeza.

*Salve* señora de la dignidad y el honor, Salve, y que el clamor de las voces de "cien millones de argentinos", cual bramar de océano, proclama ante la faz de la tierra los ideales, sin par, de esta nueva y grandiosa Nación.

*Salve Bandera de la Patria.*

ALDO J. CIMA

